

RESEÑA DE LIBROS

Diccionario del mundo clásico, redactado por catedráticos y profesores de arqueología y arte clásico, filología griega y latina, especialistas en derecho romano, medicina y ciencias en la antigüedad, archiveros, bibliotecarios y eruditos escritores bajo la dirección del R. P. IGNACIO ERRANDONEA S. I., Editorial Labor, Barcelona-Madrid-Buenos Aires-Río de Janeiro-México-Montevideo, 1954. 2 vols. 1810 págs. [paginación continua en los dos vols.], ils.

Tengo sobre la mesa dos bellos tomos, que son el *Diccionario del mundo clásico* publicado en Madrid por la Editorial Labor, y me parece un sueño.

Leo otra vez con cuidado el título, y evoco el recuerdo del autor.

Hace casi cincuenta años empezamos juntos nuestros estudios de humanidades el Padre Errandonea y yo en el viejo solar castellano de Burgos; juntos empezamos también en Bogotá poco más tarde nuestras prácticas de magisterio, enseñando letras clásicas a los estudiantes jesuitas. Ya entonces teníamos ambos para publicar algunas obras y hacíamos planes para despertar en España y en el mundo hispanoamericano la afición a los estudios humanísticos que habían llegado a una completa prostración.

Después nos separó el torrente de la vida. Yo no volví a atender los estudios de mi predilección sino en aquellos que Cicerón llamaba *temporibus successivis*, retazos de tiempo que lograba recortar de la agitada vida a que la Providencia me había destinado. En cambio el Padre Errandonea completó su formación en Oxford, y, además de haber ocupado y ocupar todavía altos cargos de gobierno en la Compañía de Jesús en España, no ha dejado de cultivar como organizador, como maestro y como escritor el campo de las humanidades.

Son célebres sus traducciones de Sófocles; en su gramática latina y en su gramática griega se han iniciado miles de jóvenes de España y América en las lenguas de la antigüedad, y no hay revista de alta cultura en España donde no haya publicado sabios artículos y eruditos comentarios. A él y a otros eruditos españoles se debe también el que la madre patria haya por fin restablecido los estudios clásicos en la segunda enseñanza, lo cual ha despertado un florecimiento general en las disciplinas del espíritu como no se veía desde los tiempos del renacimiento.

Que España ocupa otra vez sitio de honor entre los pueblos más cultos de Europa, lo muestra claramente, sin ir más lejos, el Diccionario que estamos comentando. Son cuarenta sus colaboradores, profesores los más en colegios y universidades, miembros algunos de las principales comunidades religiosas y del clero secular. Y como la mujer española hace años que comparte con los varones los trabajos de erudición, hallamos también dos licenciadas en filosofía y letras y una doctora, religiosa por más señas, la Madre Churruca.

Por seguir los malos pasos de la España anticlerical del siglo pasado abandonamos nosotros los estudios clásicos. ¿Cuándo la imitaremos en esta vigorosa reotificación, como ya lo están haciendo nuestros vecinos hispanoamericanos? Es verdad que nunca han perdido su prestigio en Colombia las bellas letras y los estudios humanísticos, y ahora, gracias al Instituto Caro y Cuervo, hay una reacción cada día más favorable a ellos. Por eso la aparición de este Diccionario será saludada con júbilo en Colombia, y no es difícil vaticinarle una espléndida acogida.

Colombia es tierra que año tras año produce cosechas de escritores; y todo escritor siente al menos un gran respeto por la antigüedad greco-romana, madre de nuestra cultura. Qué gran noticia pues para todos ellos, poderles decir que en estos dos densos volúmenes tienen un compendio fácil de manejar de todo cuanto a aquella se refiere. Compendio tan bien hecho, que se hallan en él muchas noticias que inútilmente se buscan en las grandes enciclopedias generales de fama universal, sobre todo en lo que se refiere al mundo hispano-romano, que es el que nos toca más de cerca. Porque, en efecto, entre los colaboradores de este Diccionario están los mejores investigadores en historia y geografía de la antigua Iberia, y en arqueología española.

Nos dice el Director en el prólogo:

Ahí está, puesto en las manos del público, este libro, que espero ha de acercar al mundo hispano muchos tesoros de aquella civilización clásica que lo formó y le donó la sangre y la savia de que se nutre, las esencias que en cierto modo perviven aún y bullen en su espíritu, en su ideario, sus instituciones, sus gustos y su lenguaje.

Porque ese es el contenido del *Diccionario*: el mundo clásico, todo el mundo clásico, el que comenzó con los orígenes de Grecia y Roma, culminó en las elevadas alturas de los siglos de Pericles y Augusto respectivamente, y eclipsó su presencia visible y destacada hacia el siglo vi de nuestra era.

Y en esta doble civilización gemela griega y romana, o quizá mejor dicho en esta única civilización bifacética, no estudia únicamente la literatura, que no es Diccionario de literatura, ni la historia, filosofía y letras de aquellos siglos, que tampoco es, como podía muy bien ser, Diccionario de las ciencias del espíritu en Grecia y Roma, sino que pretende tocar, siempre con la debida subordinación de valores, y dentro de los límites severamente prefijados, todas las manifestaciones del espíritu y de la vida en aquellos siglos que nos trajeron la civilización: cuanto

puede interesar a un deseoso de conocer las fuentes de nuestra cultura en aquellas edades, todo ello reclama algún puesto en la obra que, imperfecta y todo, hoy presentamos al público de lengua hispana (pág. xi).

Problema complicado en un diccionario de esta clase es la grafía y la acentuación que ha de adoptarse para los nombres propios y muchos términos técnicos. Yo no puedo menos de alabar el criterio que ha guiado al Padre Errandonea en la transcripción española de palabras griegas y latinas, y en la acentuación de las mismas. Hay algunos que creen sentar plaza de sabios si, imitando a ciertos autores alemanes, escriben *Odyseus*, *Ptolemaios*, *Strabon*, etc. Con razón dice el Padre Errandonea (pág. xvi):

¿De dónde ha surgido ahora inesperadamente esta ley lingüística, según la cual las voces castellanas han de refluir hacia arriba, desandar en sentido inverso el cauce recorrido y volver a tomar la forma que tuvieron hace veinte o veinticinco siglos?

Y añade (pág. xvii):

El mundo helénico-romano no es para nosotros un mundo desconocido y exótico ante el cual nos sea lícito presentarnos como un recién salido de la gleba ante los escaparates de una ciudad moderna. Es algo que nos pertenece, muy íntimo y de nuestra familia, algo que durante varios siglos ha ido fundido con nuestra lengua, nuestras artes, nuestras letras, ciencias, cultura y vida. Todo ello está embebido en esas voces de nuestro vocabulario castellano, en los nombres propios como en los que no lo son, voces que han formado y utilizado nuestros padres, siguiendo aquella elemental ley lingüística, según la cual toda lengua evoluciona indefectiblemente a través de las generaciones que la hablan, y al hablarla la van moldeando en forma peculiar en cada raza o cada grupo étnico.

Y por lo que hace a la acentuación he aquí en breves palabras una regla áurea (pág. xvii):

En cuanto a los acentos, profesamos decididamente seguir la tradicional ley, que pronuncia las voces castellanas derivadas del griego y del latín, según la cantidad de la penúltima, y no según los acentos del original. El uso es nuestra ley más sagrada.

Es curioso, pero es la realidad, que en algunas voces perfectamente asimiladas por el castellano, la acentuación nuestra no corresponde ni al acento griego ni a la cantidad: *Pegaso*, *Cerbero*, *Urano*, *Esquilo*. Respetemos pues el uso; pero en neologismos y en casos dudosos atengámonos a la cantidad.

Digamos para terminar una palabra sobre la presentación tipográfica de esta obra tan meritoria. Sólo elogios merece la Editorial Labor que con tanto acierto escogió el papel, el tipo, la encuadernación; y tanto esmero puso en la nitidez de los muchos grabados y en la corrección del texto. Ya estábamos acostumbrados a la impecable forma que da a sus ediciones la Editorial Labor. Con esta nueva obra se confirma el prestigio que tan bien conquistado tiene.

Sea pues bienvenido el *Diccionario del mundo clásico*, nuevo y precioso instrumento de cultura, a este departamento hispanoamericano de la gran república de las letras.

FÉLIX RESTREPO S. J.

La Iliada de Homero. Traslado de Alfonso Reyes. Primera parte: *Aquiles agraviado*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951. 243 págs.

En una bella edición, adornada con dibujos de un gusto muy moderno pero que corresponden también, en sus líneas y colores, a la manera de los vasos griegos, don Alfonso Reyes ha empezado a ofrecernos una nueva traducción en verso de la *Iliada*, en la cual ha llegado hasta el canto IX. El autor ha puesto a la cabeza de su libro un prólogo en el que nos informa sobre el propósito y carácter de su versión e incluye un pequeño resumen de los puntos de vista de "la doctrina más sana y más nueva"¹ sobre la 'cuestión homérica'. Cierra su traducción con algunos "comentarios a las rapsodias" y notas sobre las divinidades, héroes, monstruos, animales y lugares míticos, a las que añade un índice de las narraciones contenidas en los nueve primeros cantos.

Por la calidad de la obra y por la rareza de las publicaciones hispanoamericanas de tema clásico — especialmente griego —, el trabajo de Reyes ha sido bien acogido por nuestras facultades de letras y centros de estudios literarios. Anteriores a ésta no nos ha sido posible, en efecto, encontrar otras traducciones que las de la *Iliada* de Guillermo Jüleinmann (Concepción, Chile, 1902) y del Padre A. Lapalma (Buenos Aires, s. f.), los fragmentos de la *Iliada* y la *Odisea* traducidos por Leopoldo Lugones, la edición 'pirata' de un mal arreglo de la versión de Segalá y Estalella, debido a la Universidad Nacional de México (*Iliada*, 2 vols.; *Odisea*, 1 vol., 1921)², dos reimpressiones de la misma traducción, una con introducción de Pedro Henríquez Ureña (Buenos Aires, 1943) y otra con estudio preliminar de Juan David García Bacca (Buenos Aires, Clásicos Jackson, 1943) y las *Obras de Homero*, comprendidos los *Himnos* (Pasto, 1938-39), traducidas por el colombiano Leopoldo López Alvarez.

Teniendo en cuenta las observaciones expuestas por el autor en la pág. 7 de su introducción, a saber que su deseo no ha sido hacer una traducción de palabra a palabra sino de concepto a concepto, y que no ha tenido la pretensión de realizar obra filológica sino literaria (con lo que su *Iliada* más que la verdad lingüística y arqueológica de Homero busca poner de manifiesto su verdad poética), la versión de Reyes tiene

¹ Se trata de la tesis unitaria cuyas conclusiones nos parece que Reyes acepta con demasiada confianza. *Adhuc sub iudice lis est*.

² Cfr. *Obras completas de Homero*. Versión directa y literal del griego por Luis Segalá y Estalella. Barcelona, 1927, pág. LXIV.